

81.- “Mucha mies”

Elevamos hoy nuestra alabanza, Padre,
por tu designio amoroso sobre el mundo,
al que quieres salvar de la perdición,
y sobre nosotros, tus hijos e hijas,
los que nos decimos discípulos de Jesús, tu Hijo,
porque sabemos que nos amas y nos salvas.

Por eso nuestra alabanza se hace acción de gracias.
Unidos a los apóstoles, los mártires,
misioneros y misioneras y todas las personas creyentes
te alabamos diciendo:

Santo...

Como las gentes que Jesús conoció de cerca,
la gente hoy, el pueblo,
la inmensa mayoría de la población más desfavorecida
está agobiada de problemas, falta de esperanzas,
engañada y alienada de felicidades fatuas,
cansada de falsas promesas, extenuada de fuerzas.

Jesús también hoy se compadece,
sufre con la gente que sufre,
comparte la pasión y la lucha.
Jesús muestra la misericordia del Padre
con su actividad sanadora y liberadora.
Cristo, el inocente, murió por los injustos
llevando hasta el final su compasión.
La muerte salvadora de Jesús es nuestra redención.
Y este sacramento nos la actualiza.

Que la gracia, la fuerza y el amor de tu Espíritu
descienda sobre nosotros y sobre estos dones
para que por su acción salvadora
se conviertan para nosotros en sacramento de vida,
en el Cuerpo y la Sangre de Jesús nuestro Salvador.

Lo celebramos en esta acción de gracias
recordando sus palabras y gestos de entrega,
cuando reunido con sus discípulos, tomó el pan...

Igualmente, al acabar la cena, tomó la copa... .

Este es el sacramento de nuestra fe.

Tú, Padre, no eres un Dios de muerte, sino de vida.
Y el Evangelio de Jesús es una buena noticia salvadora.
Ese mensaje nos encargas transmitir con nuestras vidas,
haciendo signos concretos de liberación
como signos de tu Reino.

Tú quieres que tu Iglesia sea sacramento universal de salvación,
y que cada comunidad de creyentes asuma su misión apostólica
de predicar el evangelio con sus vidas.

Una misión tan grande nos abruma
pero tú mismo nos animas cuando nos dices:
“Venid a mí los que estáis cansados y agobiados,
y yo os aliviaré”.

La tarea es grande y urgente:
¡qué poco se parece nuestro mundo a la utopía de tu Reino!
Pero tuya es la mies. Nosotros sólo humildes jornaleros.
Nos envías “ligeros de equipaje” para que quede claro
que no dependemos de nuestras fuerzas sino de tu gracia.
Tú nos envías y nos acompañas, tú eres el camino y la meta.

Gratis hemos recibido el don de la fe,
la suerte de creer en la Utopía de tu Reino,
y la felicidad de haber sido llamados por ti.

Y gratis hemos de trabajar por tu Reino,
gratis hemos de compartir lo que no es nuestro.
Gratis nuestra boca transmitirá lo que desborda nuestro corazón.

Ayúdanos a no quedarnos indiferentes ante el sufrimiento ajeno,
que nuestra compasión se haga solidaridad concreta,
y en la solidaridad encontremos la felicidad de la hermandad.
Así podremos brindar un día
con toda la humanidad liberada
por esa utopía de tu Reino
que está ya entre nosotros
porque nos hace caminar.

Por Cristo, con Él y en Él
a Ti, Dios Padre misericordioso,
en la unidad del Espíritu Santo
todo honor y toda gloria
por los siglos de los siglos. Amén.